

“María, la madre de Jesús”

Las Sagradas Escrituras nos dicen que:

1. María era muy especial, favorecida y bendita entre las mujeres, porque el ángel le saludó diciéndole: “¡Salve, muy favorecida! El Señor está contigo: bendita tú entre las mujeres” (S. Lucas 1:28).
2. Aun siendo así, ella sabía que necesitaba un Salvador, pues dijo: “Mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador” (S. Lucas 1:47).
3. Le era necesario el sacrificio de purificación, pues vino al templo para dar la ofrenda conforme a lo que estaba escrito “en la ley del Señor: un par de tórtolas o dos palominos” (S. Lucas 2:22-24).
4. Le hacía falta quien la cuidara, pues en la cruz el Señor Jesús dijo a Su discípulo Juan: “He ahí tu madre”, y a María dijo: “Mujer he ahí tu hijo”. Juan tenía que cuidar a María y no ella a Juan (S. Juan 19:26-27).
5. Ella necesitaba dónde vivir, pues “desde aquella hora Juan la recibió consigo” (S. Juan 19:27).
6. Le hacía falta orar como los demás, porque después de la ascensión del Señor Jesús estaba ella entre los reunidos para orar en el aposento alto en Jerusalén. “Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruegos, con las mujeres, y con María la madre de Jesús y con sus hermanos” (Hechos 1:14).
7. Aunque ocupaba ese lugar único como la madre de nuestro Señor, ella necesitaba el Espíritu Santo, porque en esta ocasión todos esperaban la promesa del Padre. “Estaban todos unánimes juntos”, y estaba ella todavía con ellos. “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hechos 2:1-4).
8. Ella nos ha dejado un mandamiento importantísimo: “Haced todo lo que Él os dijere” (S. Juan 2:5). La palabra “Él” se refiere a Jesucristo. La única manera de obedecer este mandamiento de María es leer la Biblia para ver lo que el Señor Jesús verdaderamente nos ha dicho, y luego hacerlo. La verdadera María de la Biblia no quiere que le rindamos culto, sino que sigamos y obedezcamos a su Hijo, el Señor Jesucristo.

Asamblea Bíblica “Betel” C/ Torreblanca, 6, 41003 Sevilla, España

Correspondencia: Apdo. 1313, 41080 Sevilla

Cultos: domingo: 11:00 y 19:00 horas (20:00 en verano), jueves 20:00 horas

El Ejemplo de María



Texto: Lucas 1:26-38

Este incidente nos enseña algo que Dios quiere de cada uno de nosotros. ¿Qué podemos aprender de María? La respuesta es: una fe sumisa en el Dios vivo, no sólo que cree en Él sino que cree a Él, y confía en Él de modo que está dispuesta a obedecerle.

María era una mujer joven con un oído sensible para oír al Señor y un corazón dispuesto a hacer Su voluntad. Vemos en ella una mujer con una disposición maravillosa, y qué bueno sería si cada uno de nosotros la tuviera.

Al recibir el anuncio del ángel, seguramente muchas cosas pasarían por la cabeza de ella, porque se le presentó una situación inesperada, la cual daría a la gente qué hablar, chismear y criticar. Pero ella, en lugar de preocuparse mucho por la gente, confiaba en el Señor. Como creyente, María sabía que su vida y todo lo que tenía dependía del Señor. Cuando ella aprendió de Dios cuál era Su voluntad para ella, inmediatamente la aceptó. Dios a veces nos muestra cosas que están en Sus planes que no sabíamos. Al profeta Jeremías le dijo: “Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jer. 33:3). La idea no es que Dios sujete Su voluntad a nuestros planes, sino que sujetemos nuestra voluntad a Sus planes. ¿Quién sabe qué podría ser de su vida hasta que la haya rendido al Señor para aceptar Su voluntad?

Vemos en los versículos 28-30 cómo comenzó la conversación aquel día entre el ángel Gabriel y María. En el versículo 28 el ángel se le aparece, la llama “*muy favorecida*” y “*bendita tú entre las mujeres*”, y dice: “*El Señor es contigo*”. Es como decir: “He sido enviado a ti con buenas nuevas”, porque todo lo que tenía que decirle era bueno. Sin embargo, María al verle y oírle se turbó. Es una reacción natural de seres humanos ante seres angelicales. Así que Gabriel continuó: “*no temas*”, porque no le iba a hacer daño y porque la noticia era buena, y le dijo: “*has hallado gracia delante del Señor*”. Ahora bien, esto de hallar gracia nos interesa, porque se ve que lo que Dios hizo para con María no fue por mérito. La gracia es el favor de Dios inmerecido. Observemos que la declaración: “*Has hallado gracia*” no es lo mismo que decir: “has ganado el premio”, porque uno puede ganar un premio por ser más fuerte, más astuto, más sabio, más atractivo, etc. Sin embargo, Dios no trató a María por mérito, porque ella era un ser humano como todos los demás. Le trató con gracia, y le bendijo más allá de lo que ella podía haber imaginado. Era bendita no por quién era, no por ella misma, sino porque Dios le bendijo, y esto fue porque ella halló gracia delante de Él. Era receptora del favor inmerecido de Dios, y así siempre tiene que ser entre Dios y nosotros. Dios por Su gracia nos puede hacer bien, mientras que si Él obra sólo por lo que merecemos, nos tendrá que castigar porque todos somos pecadores. María nos enseña que es mejor hallar gracia que procurar mérito.

En los versículos 31-33 vemos los detalles de la noticia del ángel. “*Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*”. ¡Con qué placer diría el ángel estas palabras! Dios había prometido en el Antiguo Testamento, hacía cientos de años, un Mesías y el establecimiento del reino de Dios que jamás sería destruido. Y ahora Dios anunciaba el cumplimiento de Sus promesas, naturalmente, porque Dios nunca habla por hablar, y siempre cumple Su Palabra. Dios, por Su gracia, había escogido a María para ser la madre humana de Su Hijo eterno en Su encarnación. Por medio de ella el Verbo de Dios se haría carne y moraría entre nosotros. Pero María no era madre de Dios, sino

madre de nuestro Señor (ver las palabras de Elisabet, llena del Espíritu Santo, en vv. 41 y 43). Dios es eterno y no tiene madre a la cual debe Su existencia. Es el Creador, no una criatura. Se anuncia la encarnación del Creador: “*Hijo del Altísimo*”, quien tomaría el trono de David y reinaría para siempre. Las bendiciones de Dios van mucho más allá de lo que nosotros pensamos. ¿No es mejor buscar Su voluntad que imponer la nuestra?

Pero ella no entendía cómo podía ser. Así que, en el versículo 34 ella pregunta: “*¿Cómo sera esto?*” Su pregunta no procede de la incredulidad, sino de la ignorancia. Como no había conocido varón, desconocía cómo podía ser esto. A veces Dios nos pide cosas que no entendemos pero las tenemos que aceptar.

En los versículos 35-37 Gabriel le da una explicación que termina así: “*Nada hay imposible para Dios*”, y en el versículo 38 ella lo aceptó. ¡Qué palabras más hermosas: “*He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra*”! En ellas vemos su confianza y su obediencia. Así debería ser nuestra fe, no una fe teórica sino práctica y obediente. Debemos hablar y hacer como María, con una confianza total en el Señor. Presentémonos al Señor como Sus siervos. Aceptemos Su voluntad, y no intentemos imponer la nuestra ni alterar lo que Él quiere. La Suya es mejor: buena, agradable y perfecta (Ro. 12:2). No temamos, porque Él siempre estará con nosotros y nos ayudará.

Dios nos puede poner a servirle de muchas maneras. Una mujer que cuida y sostiene a una familia está sirviendo a Dios (Pr. 31:10-31). Cuidar a los enfermos, y ayudar a los necesitados también es servir a Dios. Testificar a una persona y declararle la Palabra de Dios es un servicio. Ser fiel e íntegro en el trabajo cuando los demás hurtan tiempo y materiales es un servicio a Dios. Hay muchas maneras de servir a Dios, pero no las tenemos que inventar, sino escuchemos Su voz en Su Palabra para saber por medio de ella qué es lo que Él quiere de nosotros, y hagámoslo. Luego vendrá la satisfacción de saber que hemos confiado en Dios y hemos hecho Su voluntad. María confió en Dios, y Dios también confió en ella. Que así sea en cada uno de nosotros.